

**EDUCAR PARA LA RESILIENCIA:
UN CAMBIO DE MIRADA EN LA PREVENCIÓN DE
SITUACIONES DE RIESGO SOCIAL**

VICTORIA MUÑOZ GARRIDO

Licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación

Universidad Complutense de Madrid

FRANCISCO DE PEDRO SOTELO

Doctor en Pedagogía

Universidad de Alcalá de Henares

Introducción

La mayoría de los niños encuentran en su entorno familiar y en los contextos en los que viven, las condiciones de protección y los modelos que necesitan para desarrollarse. Sin embargo, en algunos casos no reciben la atención necesaria por parte de las personas encargadas de su cuidado. En estas situaciones, el desarrollo evolutivo no se produce adecuadamente, afectando esto tanto a su competencia y adaptación social, como a los aprendizajes escolares

A este respecto, está tomando posiciones el término emergente “*resiliencia*” procedente de diferentes campos como la psicología, salud mental, sociología, pedagogía, etc. como una realidad llena de interrogantes, situada en la trayectoria vital de los seres humanos, que habiendo pasado por situaciones traumáticas de duración e intensidad considerables, han salido airosos de estas agresiones, y no sólo eso, de estos envites y avatares salen reforzados en cuanto a su maduración y desarrollo. Así pues, la resiliencia se nos presenta como una nueva forma de prevención, como una nueva forma de mirar buscando luz entre tantas sombras.

Los centros educativos son los lugares propios de socialización de los niños, y es en ellos donde manifiestan con más claridad sus dificultades en las tareas y competencias de cada una de las etapas evolutivas. Los profesionales cumplen un papel importante en la prevención, detección e intervención, cuando alguno de nuestros niños está sufriendo una situación de riesgo o se están vulnerando sus derechos desde cualquiera de los contextos donde vive. Por otra parte, tienen un compromiso con el bienestar infantil que les obliga a tomar postura activa en aquellos casos en los que los niños están siendo víctimas de situaciones de desprotección, o no están siendo satisfechas de forma adecuada sus necesidades básicas, y a notificar estas situaciones para poner en marcha las actuaciones de protección oportunas. Pero además, su contribución a la educación en la resiliencia es decisiva e imprescindible. Sobre esto vamos a reflexionar en este artículo.

El desarrollo (maduración + aprendizaje) de cada niño viene determinado por sus propias características y por las transacciones que se producen entre los distintos sistemas relacionales en los que se encuentra. Algunos niños y adolescentes encuentran dificultades severas, debido a un cúmulo de circunstancias, que perjudican su normal desarrollo cognitivo, físico, emocional y/o social, al vivir inmersos en situaciones de pobreza cultural, moral, afectiva y/o material. Si estos problemas son debidos a la poca

o mala atención que se le presta desde la familia, la escuela, la sociedad o la cultura en la que vive, estaríamos hablando del maltrato infantil.

Uno de los trabajos considerado como el motor de la concienciación de la sociedad en relación a su existencia, fue el realizado por Kempe et al. (1962), fecha en la que publica “El síndrome del niño golpeado” (“Debatered Child Syndrome”) cuya verdadera aportación no es su “descubrimiento”, sino la presentación social del problema con la denominación de **maltrato**.

A partir de los años 70, las investigaciones sobre este tema han tenido una relevancia psicosocial cada vez mayor y han hecho posible que la sociedad asuma que el maltrato infantil es un fenómeno social y que sea reconocido en el interior de un contexto comunitario, para que se pusieran en marcha medidas de protección a la infancia.

Maltrato infantil y adolescente

Es complicado dar una definición de maltrato infantil aceptada por todos los profesionales relacionados con la infancia, aunque existen definiciones consensuadas según las diversas perspectivas desde las que se entiende el maltrato: legal, sanitaria, sociológica, psicológica o desde el trabajo social.

Maltratar a un niño o un adolescente es no satisfacer sus necesidades adecuadamente no ofreciéndoles las condiciones básicas que garanticen su bienestar y posibiliten su desarrollo óptimo de acuerdo a su etapa evolutiva. Consideramos el maltrato infantil como toda acción, omisión o trato negligente no accidental que prive al niño de sus derechos y bienestar que amenacen o interfieran su ordenado desarrollo físico, psíquico y/o social cuyos autores pueden ser personas, asociaciones y la propia sociedad.

Hemos de precisar al definir el maltrato que no podemos dejar de tener en cuenta la perspectiva evolutiva, la presencia de factores de vulnerabilidad en el niño y la existencia de daño real o potencial.

Si conocemos los factores de riesgo del fenómeno del maltrato, podemos por un lado prevenir o paliar las consecuencias de su aparición, pero también dispondremos de criterios que nos den pistas sobre la forma de intervención que resulte más eficaz y menos traumatiza para el menor y en la mayoría de los casos también a su familia que, por lo general, presenta una dinámica interna en deterioro y necesita intervención para reconducir la situación problemática en la línea que apunta Belsky (1980) desde todos los sistemas en los que el niño se encuentra.

Tipologías de maltrato

- Maltrato o abuso físico:

Se considera maltrato físico, cualquier acción no accidental por parte de los padres o cuidadores que provoque daño físico o enfermedad en el niño o le coloque en grave riesgo de padecerlo. Se incluyen aquí todos los daños resultantes de castigos físicos severos y agresiones deliberadas con instrumentos o sin ellos. El maltrato físico se puede producir a través de golpes aplicados a niños con violencia, con la intención de disciplinarlos o educarlos. En casos extremos el agresor puede producir lesiones físicas que causan la muerte (De Paúl, 1996).

- Negligencia o abandono físico:

Se considera toda situación en la que las necesidades físicas básicas del menor no son atendidas temporal o permanentemente por ningún miembro adulto del grupo en el que vive el niño. Estas necesidades básicas hacen referencia a la alimentación, higiene, protección y vigilancia, cuidados médicos, condiciones higiénicas y seguridad en el hogar y aspectos educativos no son atendidas por los adultos responsables, disponiendo o teniendo acceso a los medios necesarios (De Paúl, 1996).

- Maltrato psicológico: Se encuentran algunas diferencias para definir y delimitar este tipo de malos tratos (De Paúl, 1996).

En algunas tipologías se diferencian entre abuso emocional, abuso psicológico y negligencia psicológica. En otras se habla de maltrato emocional y abuso emocional y en otras todas se engloban en la misma categoría de malos tratos psicológicos. Implica conductas de los adultos tales como: rechazar, aislar, ignorar o aterrorizar, desvalorizar o menoscabar sistemáticamente la autoestima del niño mediante cualquier forma de expresión actitudinal o verbal que le provoque daño psicológico. Son actos de naturaleza intencional o cualquier forma de disminuir la valoración en el niño de sí mismo, de parte de los adultos.

Implica además, situaciones en que los niños no reciben el afecto, el amor, la estimulación, apoyo y protección, necesarios para su desarrollo. Incluye, entonces, la privación afectiva o de estimulación cognitiva, de parte de los adultos responsables de proporcionárselos.

- Maltrato emocional: Hostilidad verbal crónica en forma de insulto, burla, desprecio, o amenaza de abandono, y bloqueo constante de las iniciativas de interacción infantiles por parte de las personas responsables de su cuidado o de cualquier adulto de su grupo familiar (De Paúl, 1996).

- *Abandono emocional*: Falta persistente de respuestas a las señales, expresiones emocionales y conductas procuradoras de proximidad e interacción iniciadas por el niño, y la falta de iniciativa de interacción y contacto por parte de una figura adulta (De Paúl, 1996).

- *Abuso sexual*: Se considera cualquier clase de contacto sexual con una persona menor de 18 años por parte de un adulto, desde una posición de poder o autoridad (De Paúl, 1996). Así, el niño se ve involucrado en actos sexuales que, por su etapa de desarrollo no es capaz de evaluar y comprender en sus contenidos y consecuencias. Se incluyen comportamientos de distinta índole con contacto físico y sin el, la violación, la violación sodomítica, el incesto, los abusos deshonestos, la corrupción y la explotación sexual.

Existen cada vez más en nuestra sociedad, diferentes situaciones que no se encuentran descritas en las tipologías de maltrato y que comprometen seriamente el desarrollo de nuestros niños y adolescentes, podemos citar: niños víctimas del terrorismo, de la guerra, niños de la calle y en la calle, pornografía infantil, explotación sexual, explotación comercial, sobreprotección, etc.

La Resiliencia, un término emergente

Fue a partir de los años sesenta cuando la psicología empírica comenzó a otorgar mayor valor a los aspectos cognitivos y su influencia en el comportamiento. Trabajos de Bandura (1982), y otros autores, demuestran el impacto que nuestros pensamientos y creencias ejercen sobre nuestras actuaciones y proporcionan herramientas terapéuticas eficaces en el control de la ansiedad y la depresión.

Seligman (1981) sostiene que el pesimismo es un estilo de pensamiento, caracterizado por la explicación que la persona se hace de la adversidad como algo permanente universal y personal. Esta forma de pensamiento lleva a la indefensión y a la desesperanza. Por el contrario, el estilo optimista de pensamiento explica la adversidad como transitoria, específica y externa a la persona. Esto permite mantener viva la esperanza y sentir que el cambio es posible. La esperanza hace que la persona esté dispuesta a ponerse en pie, a continuar esforzándose, a buscar alternativas y a persistir frente a la adversidad.

Este último estilo de pensamiento, es el que parece imperar en aquellos niños, adolescentes y adultos, que han pasado por situaciones adversas y han salido reforzados de ellas. El análisis de casos de personas supervivientes a experiencias traumáticas, han

llevado a los expertos a definir el concepto de resiliencia y a hablar de personas resilientes.

Conclusiones similares y complementarias a las dadas por los psicólogos cognitivos, son aportadas por otros profesionales y en concreto por el psiquiatra Viktor Frankl (1999) que en su obra *El hombre en busca de sentido*, muestra la forma en que el significado influye en el comportamiento. Sobreviviente de un campo de concentración estuvo sometido a experiencias extremas y logró salir de allí, sin desórdenes psicológicos. Su estrategia de supervivencia, explica él mismo, fue la actitud personal ante las circunstancias a las que estuvo sometido. Darle un sentido al sufrimiento. La verdadera razón de la muerte en el campo, era la pérdida de esperanza por ausencia de todo significado.

El significado está en nuestra mente, la atribución del significado nos abre una capacidad casi ilimitada de utilizar el impacto que las situaciones tienen sobre nosotros. La película *la vida es bella* de Roberto Benigni, realizada en 1998, muestra, de manera magistral, como un drama puede ser transformado para poder vivir; y como, lo que calma o perturba a un niño, es la forma en que las figuras de apego traducen las catástrofes al expresar sus emociones.

Concepto de resiliencia

¿Por qué algunos niños pese a las situaciones adversas, traumatismos graves y amenazas contra su desarrollo, logran salir adelante y desarrollarse de forma positiva y armoniosa, a pesar de que todo predice una evolución negativa? Esta pregunta ha sido el punto de partida de los estudios sobre resiliencia y este término está transformando, poco a poco, las prácticas de las ciencias sociales y de la salud.

El término resiliencia tiene su origen en el latín, “resilio” que significa volver atrás, volver de un salto, resaltar, rebotar. El término se utiliza en física. Expresa la cualidad de los materiales a resistir la presión, doblarse con flexibilidad, recobrar su forma original, no deformarse ante presiones y fuerzas externas y su capacidad de resistencia al choque. La resiliencia ha sido adaptada por las ciencias sociales, para caracterizar a aquellas personas que, a pesar de nacer y vivir en situaciones de alto riesgo, se desarrollan psicológicamente sanas y con éxito (Rutter, 1993)

La resiliencia es un concepto con un enorme potencial para todos aquellos profesionales que trabajamos sobre el terreno, permitiendo sistematizar y poner en práctica aquello que hacemos de forma cotidiana para el bienestar de nuestros niños.

Para la educación el término implica, lo mismo que en física, una dinámica positiva, una capacidad de volver hacia adelante. La resiliencia humana no se limita a resistir, permite la reconstrucción.

El primero que utilizó este término fue Bowlby (1992) insistiendo en el papel del apego en la génesis de la resiliencia y la definió como “resorte moral, cualidad de una persona que no se desanima, que no se deja abatir”. La resiliencia ha suscitado el interés de investigadores y prácticos redefiniendo incesantemente el concepto de unos a otros, lo que ha enriquecido y ha dado origen a cada vez más estudios y más conocimiento sobre el mismo.

La resiliencia se propone como una definición pragmática, que hunda sus raíces en las realidades educativas, terapéuticas y sociales. He aquí algunas definiciones según diversos autores:

“La habilidad para surgir de la adversidad, adaptarse, recuperarse y acceder a una vida significativa y productiva”. (BICE, 1994)

“La capacidad humana universal para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas e incluso ser transformado positivamente por ellas.” (Grotberg, 1995)

“El desarrollo de competencias a pesar de la adversidad”. (Egeland, Carlson, Sroufe, 1993)

En definitiva, la resiliencia distingue dos componentes: La resistencia frente a la destrucción, es decir la capacidad para proteger la propia integridad bajo presión y más allá de la resistencia, la capacidad de forjar un comportamiento vital positivo pese a las circunstancias difíciles (Vanistendael y Lecomte, 2002). El concepto incluye además, la capacidad de una persona o sistema social de afrontar adecuadamente las dificultades, de una forma socialmente aceptable.

La resiliencia es un proceso, un conjunto de fenómenos armonizados, en el cual el sujeto se cuele en un contexto afectivo, social y cultural. Es el arte de navegar en los torrentes (Cyrułnik, 2002)

La resiliencia habla de una combinación de factores que permiten a un niño, a un ser humano, afrontar y superar los problemas y adversidades de la vida (Suárez, 1995)

Se caracteriza por un conjunto de procesos sociales e intrapsíquicos que posibilitan tener una vida sana, viviendo en un medio insano. Estos procesos tienen lugar a través del tiempo, en interacción del sujeto con su ambiente familiar social y cultural. De este modo la resiliencia no puede ser pensada como un atributo con el que

nacen los niños, ni que adquieren durante su desarrollo, sino que se trataría de un proceso interactivo entre éstos y su medio (Rutter, 1992).

El desarrollo óptimo resulta de la interacción entre las capacidades de la persona y el medio social y físico. El desarrollo tiene lugar en las interacciones activas entre el niño, su familia, la escuela, la comunidad y la cultura en la que vive y su estudio sigue el modelo transaccional derivado del ecológico-sistémico de Bronfenbrenner (1987), teniendo en cuenta las tareas correspondientes a cada etapa del desarrollo. Si consideramos la ecología del ser humano como fuente de recursos y posibilidades para un desarrollo sano, la promoción de la resiliencia, pasa por ser una responsabilidad compartida por todos los profesionales de las diferentes disciplinas y distintos niveles de influencia relacionados con el individuo.

El enfoque de resiliencia entiende el desarrollo humano dentro de un contexto específico, para comprender el proceso es necesario considerar el entorno físico y social, la etapa evolutiva y la cultura del individuo. La promoción de la resiliencia es por tanto, una responsabilidad compartida por los profesionales en contacto con la infancia y adolescencia

La naturaleza de la resiliencia es dinámica, puede variar en el tiempo y con las circunstancias. Es el resultado de un equilibrio entre factores protectores, factores de riesgo y personalidad del ser humano. No es un estado definido y estable, es un camino de crecimiento. Se trata de estudiar los procesos, lo que plantea nuevos desafíos metodológicos.

La resiliencia está por construirse, para ser inventada por cada uno, en función de sí mismo y de su contexto. Es un proceso complejo que hace probablemente intervenir a la voluntad y, desde luego, a la inteligencia emocional. Así la resiliencia nos hace olvidar los determinismos de la genética o el medio para abrir el campo a la creatividad y la libertad.

Es sorprendente ver cuantos niños llegan a desarrollar una resiliencia en situaciones difíciles, como es el divorcio de sus padres. Esta situación frecuentemente de riesgo y de dolor, es un momento en el que el niño debe superar muchos desafíos y la mayor parte de ellos salen airoso. Parece como si el estudio del riesgo y los efectos negativos hubieran cerrado nuestros ojos a la realidad de la resiliencia.

Proponemos un enfoque preventivo, alternativo al tradicional de riesgo, basado en el respeto y la aceptación incondicional del otro (no su comportamiento) y considerar el derecho al afecto de todo ser humano. Vivir el amor y la afectividad unido al

desarrollo de características que revelen la capacidad de una persona de resistir la adversidad y salir fortalecido de ella, son una magnífica puerta de entrada para emprender una reflexión sobre los elementos a considerar en la prevención y convertir el cariño y la afectividad en reconstituyentes terapéuticos de experiencias presentes y futuras.

Es necesario integrar este concepto en la educación. La resiliencia se manifiesta como un proceso de acción sistémica en el que intervienen diferentes factores para promover el desarrollo integral del niño a pesar de sus condiciones de vida difíciles.

La resiliencia es un continuo que refuerza las opciones y oportunidades de las personas mediante la aplicación de sus capacidades y recursos internos para enfrentarse a situaciones de riesgo, o que pongan en peligro su desarrollo, superarlas, mejorar su calidad de vida y hacer posible sus proyectos de futuro.

La resiliencia, concepto en el que coinciden la pediatría, la educación, y otras disciplinas, propone trabajar no sólo sobre los factores de riesgo que pueden poner en peligro a los niños y adolescentes, también, sobre la capacidad de los individuos para afrontar las dificultades, poniendo en juego sus aptitudes. Las investigaciones en resiliencia han cambiado la percepción del ser humano, pasando de un modelo centrado en el riesgo, a un modelo de prevención basado en las potencialidades y en los recursos que el ser humano posee y en relación con su entorno. (Manciaux et al, 2004)

Este modelo consiste en reconocer que los seres humanos estamos desprotegidos y somos vulnerables ante la fuerza de un evento que en sí mismo puede causar daño, pero todos poseemos un escudo protector que es la resiliencia, lo que evitará que esas fuerzas actúen inexorablemente sobre nosotros, porque nos sirven como filtro que atenúa los posibles efectos de esos sucesos y en ocasiones, logra transformarlos en factores de protección, así la amenaza se convierte en oportunidad.

Según Wolin (1995), este modelo modifica considerablemente la actitud mental, la forma de ver y pensar respecto a los niños y adolescentes, por parte de los maestros y personas que trabajan en la promoción del bienestar social, porque centra su atención y su esfuerzo en identificar y fortalecer los factores protectores, que son los recursos con que cuentan aquellos con quienes se pretende trabajar, más que en los factores de riesgo

Una actitud mental basada en este modelo, permite reconocer en los niños y adolescentes la capacidad de ayudarse a sí mismos y convertir al maestro o profesional de la enseñanza en un apoyo, un guía y compañía eficaz para ellos por salir adelante, porque se basa en las fortalezas y oportunidades que ofrecen ellos mismos y su realidad,

motivándoles para actuar en beneficio propio , lo que les permite llenarse de esperanza y tener expectativas altas en relación con el proceso de recuperación y aprendizaje.

Cómo fortalecer a nuestros niños

La pedagogía contemporánea se ve enfrentada al desafío de adaptarse a la imagen cambiante de la concepción de niño. La visión del niño se ha modificado profundamente a lo largo del siglo XX, como muestra la Convención de Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño de 29 de Noviembre de 1989. El concepto de infancia a su vez ha evolucionado, y estos cambios sociales, tecnológicos y de pensamiento han contribuido a recrear sistemas de protección, produciéndose un profundo cambio en la consideración social y jurídica de los menores, no solo por las consideraciones aportadas por diferentes profesionales desde las distintas ramas científicas, como la pedagogía y la psicología, sino también por el estudio de la realidad social. La Ley 1/96 de Protección Jurídica del Menor establece en su exposición de motivos la consideración de los menores de edad como sujetos activos, participativos y creativos, con capacidad de modificar su propio medio personal y social, de participar en la búsqueda y satisfacción de sus necesidades y en la satisfacción de las necesidades de los demás.

La pedagogía tiene que integrar esta nueva visión, no sólo en el plano teórico, sino también en su aplicación. El punto de vista de la resiliencia invita a una pedagogía respetuosa con el niño en tanto que es partícipe de su propia formación y ofrecer la protección necesaria para su desarrollo equilibrado e integral.

Grotberg, quién en 1995 elaboró un modelo para saber qué actitudes son necesarias para favorecer en las personas su capacidad de recuperarse de la adversidad, explica que estas actitudes tienen que ver con el fortaleciendo del ambiente social, los recursos personales y las habilidades sociales que promueven la resiliencia:

- Ambiente social facilitador: Se refiere a redes de apoyo social, como grupos comunitarios, religiosos; también a modelos positivos y a la aceptación incondicional del niño o adolescente por parte de su familia, amigos y escuela.

Por tanto es necesario que el niño cuente con:

- Personas a su alrededor que le quieran incondicionalmente y en quienes confiar.
- Personas que le pongan límites para aprender a evitar peligros o problemas.

- Personas que le muestren por medio de su conducta, la manera correcta de proceder (modelos para actuar).
- Personas que le ayuden a conseguir su autonomía.
- Personas que le cuiden cuando se encuentre enfermo, en peligro o necesite aprender.

- Recursos personales: Es la fuerza psicológica interna que desarrolla el niño en su interacción con el mundo. Así también la autoestima, autonomía, control de impulsos, empatía, optimismo, sentido del humor y fe o creencia en un ser superior o en la fraternidad universal. Es necesario que el niño:

- Se sienta una persona por la que otros sienten aprecio y amor.
- Sea feliz cuando hace algo bueno para los demás y les demuestre su afecto.
- Sea respetuoso consigo mismo y con los demás.
- Esté dispuesto a responsabilizarse de sus actos.
- Se sienta seguro de que todo saldrá bien.

- Habilidades sociales: Ser capaz de manejar situaciones de conflicto, de tensión o problemas personales. Es necesario que el niño perciba que puede:

- Hablar sobre lo que le asusta o le inquieta.
- Buscar maneras de resolver sus problemas
- Controlarse cuando tiene ganas de hacer algo peligroso o que no está bien.
- Contar con alguien que le escuche y le ayude cuando lo necesita.

Cambiar la mirada

La resiliencia se construye en el tiempo, es un proceso, un camino que se cuenta como el relato de una vida. Así, la resiliencia puede llevarnos a abrir nuevos horizontes en nuestras prácticas profesionales en el campo de la prevención.

La resiliencia no es única, ni se adquiere de una vez para siempre, es una capacidad que resulta de un proceso dinámico evolutivo. Esto implica tener otra mirada sobre la realidad, con la vista puesta en el mejor uso de las estrategias de intervención. Esta capacidad de mirar de otro modo, desde lo que construye, necesita una reflexión desde cada institución y un trabajo posterior conjunto.

Todavía dirigimos nuestros ojos hacia los déficits, impidiendo ver las cualidades y los puntos fuertes de cada sujeto. Cambiar la mirada hacia lo positivo nos invita a

cambiar también nuestras prácticas, rechazando toda ideología que signifique apoyar al fuerte y abandonar al débil. El verdadero cambio de paradigma es cambiar la mirada, pero “nada hay más difícil, que cambiar la mirada” (Kuhn 2000).

La escuela permite a los niños encontrar un espacio de libertad y creatividad favoreciendo la construcción de su resiliencia frente a situaciones adversas de la siguiente forma:

- Generando una actitud de escucha, apoyo e interés por el niño.
- Estableciendo reglas y límites claros con expectativas altas, pero sin sobrecargar al niño, respetando su etapa de desarrollo.
- Favoreciendo la participación activa del niño en la vida de la familia, de la escuela o de la comunidad.

Estos elementos que favorecen la resiliencia, tienen implicaciones fundamentales para la educación y las políticas de infancia. Confirman la importancia y la pertinencia de la Convención de Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño (1989), en la que se encuentran los elementos base de la resiliencia:

- El respeto al niño, su persona e integridad.
- La protección del niño contra diversos riesgos y peligros.
- La prevención de amenazas contra la salud y la integridad.
- La participación del niño, respeto a su palabra y la valoración de su opinión.

Además la Convención de Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño (1989), es un marco de derechos y reglas, límites y exigencias. Por ejemplo, el estudio de la resiliencia en niños víctimas de abuso sexual, muestra la importancia del proceso de justicia. La justicia comienza por exponer el derecho, situar las culpas y afirmar la inocencia. Este proceso contribuye a la reconstrucción de la autoestima de la víctima, para ayudarles a desarrollar la resiliencia.

Para orientar nuestras prácticas, la resiliencia nos lleva a las proposiciones siguientes:

- **Es necesario prevenir los riesgos:** Los programas preventivos deben estar orientados a eliminar o limitar los riesgos y las amenazas para los niños. Es el papel de las acciones de información, formación, sensibilización de desarrollo de competencias para reconocer una situación de riesgo y protegerse.
- **No hay invulnerabilidad:** Ningún programa de prevención llevará a suprimir los riesgos.

- **No hay fatalidad:** No hay determinismo absoluto. Frente a situaciones aparentemente sin esperanza, es muchas veces posible encontrar o construir el camino de la resiliencia. La prevención se propone favorecer en el niño las competencias que le permitan desarrollar su resiliencia
- **Es necesario cambiar de perspectiva:** Tener una mirada positiva sobre las personas y sus capacidades. Esto implica incluir sistemáticamente en las investigaciones y estudios sociales, preguntas sobre los aspectos positivos del desarrollo y de la salud.
- **Favorecer la resiliencia de una persona cercana:** Construir la resiliencia gracias a un vínculo afectivo fuerte con otra persona, con apoyo de un amigo, de un familiar, de un profesor, de una red de conocidos.

Es importante un cambio de perspectiva de la prevención, no dirigimos al niño como una víctima potencial, sino como personas que tienen recursos para desarrollar su propia resiliencia y que además pueden volverse un recurso para otros. Los trabajos sobre la resiliencia y las investigaciones están empezando, pero nos abren una puerta a la esperanza.

Una forma de prevención es la protección y desde la escuela son esenciales los vínculos afectivos como factor de protección para cada uno de los niños, haciéndoles competentes para adaptarse y saber afrontar y superar los riesgos, mediante programas de desarrollo de la competencia social y personal. Proporcionando autonomía y desarrollando factores protectores como la autoestima, la percepción del control de lo que sucede y habilidades sociales.

La prevención consiste en desarrollar en los niños el descubrimiento de sus cualidades y potenciarlas para conseguir su realización personal y activar en ellos sus capacidad de resiliencia que no es otra cosa que el fin último de la educación, conseguir una sociedad más justa, más libre, solidaria y comprometida porque hemos formado un ser humano mas justo libre y comprometido

La tarea del profesional comprometido con este modelo preventivo y con la intención de intentar activar en los niños su resiliencia, durante su proceso de desarrollo escolar, consistirá en ayudarlos a reconocer y fortalecer los vínculos afectivos que los unen, la confianza básica que tienen en si mismos y en su familia, a encontrar los recursos internos que poseen, mediante una revisión de su historia personal, encontrando aquellas actitudes y comportamientos considerados como exitosos,

analizando con ellos que factores pueden haber contribuido a que logren un éxito y motivarles a que los empleen con mayor frecuencia, al mismo tiempo que van descubriendo nuevas variaciones a esas estrategias de comportamiento que puedan resultar igualmente exitosas.

El papel que tiene la prevención, que puede tanto evitar o minimizar la gravedad de eventuales secuelas producidas por situaciones adversas, como impedir la repetición en otros de esas situaciones, cual es el caso del maltrato. Es aquí donde la resiliencia puede tener un papel decisivo y los profesionales trabajar para hacer que surja, se desarrolle y dure en aquellas personas que han sufrido la violencia.

Cyrułnik et al (2004) afirma que la resiliencia de un niño se construye en la relación con el otro, mediante una “labor de punto” que teje el vínculo, tejer la resiliencia. La resiliencia no resulta de suma de factores internos y externos, sino de su interacción permanente, que teje el destino de una vida.

La resiliencia implica un deber de reconocer y favorecer las capacidades del niño para desarrollarse. Muestra la importancia estructuradora de la confianza. Los seres humanos necesitamos de la confianza de los demás en nosotros. Para un niño lo importante es verse reconocido, verse aceptado, solo se puede ser uno mismo si alguien te confirma que te reconoce como persona.

Es una cuestión de tiempo, para que empecemos a poner en marcha intervenciones educativas que promuevan y doten a nuestros niños de un rico capital psíquico, para que puedan afrontar las dificultades que la vida va a ponerles enfrente, para superarlas y salir reforzados de ellas.

Algunos autores ya reseñados, en su definición de resiliencia destacan el desarrollo de competencias a pesar de la adversidad. Para facilitar en el niño la adquisición de competencias es necesario:

- Desarrollar un clima de confianza, aceptando al niño tal como es.
- Participar en distintas actividades que permitan al niño aprender y que estén adaptadas a sus capacidades, estimulándole a progresar.
- Proporcionar al niño los medios necesarios para la realización de su tarea, animándole en sus esfuerzos
- Evitar focalizar la atención en el fracaso y, por el contrario, transformar cada fracaso en una nueva ocasión de aprendizaje.

La resiliencia nos invita a modificar nuestras prácticas, observando y utilizando mejor los recursos, de manera que la educación, pueda posibilitar una formación integral, lo que hace necesario fomentar el desarrollo de capacidades cognitivas, psicomotrices, de autonomía y equilibrio personal y capacidad para la inserción en la sociedad. El profesor/tutor desde la práctica educativa es una figura fundamental en el proceso de prevención y promoción de actitudes que facilitan la resiliencia, entre las que enumeramos:

- Establecer una relación personal.
- Descubrir en cada persona aspectos positivos. Confiar en sus capacidades.
- Ser capaz de ponerse en el lugar del otro para comprender sus puntos de vista, actitudes y acciones. En educación a esta actitud la llamamos empatía.
- Evitar la humillación, el ridículo, la desvalorización, y la indiferencia que afectan de forma negativa a la imagen y confianza que la persona tiene de si misma.
- Adoptar actitudes de respeto, solidaridad y comprensión.
- Saber que cada persona tiene expectativas, dificultades y necesidades diferentes a las nuestras.
- Desarrollar la escucha, expresión verbal y no verbal y de comunicación en general.
- Poner límites, tener comportamientos tranquilizadores y hacer observaciones que ayuden a mejorar la formación.
- Desarrollar comportamientos que transmitan valores y normas incluyendo factores de resiliencia.

Cambiar de mirada. Tener una mirada positiva sobre las personas y sus capacidades, implica incluir siempre preguntas sobre aspectos positivos del desarrollo.

Antes de terminar, sería necesario exponer cuales son los elementos educativos fundamentales que habrá que potenciar para fortalecer la resiliencia en niños y adolescentes, con los que debemos comprometernos todos los profesionales en relación con la infancia y la adolescencia adaptándolos a cada momento evolutivo. Estos elementos los agrupa Silber (1994) en seis categorías perfectamente válidas para todos los campos profesionales:

- Conocer la realidad. Aumenta la resiliencia en los niños y adolescentes que han desarrollado el hábito de preguntar y obtienen respuestas honestas, ya que adquieren la capacidad del discernimiento e intuición y pueden tener una percepción más transparente de los hechos que suceden a su alrededor. Este conocimiento genera la capacidad para entender lo que les sucede a ellos mismos y a los demás y desarrollar la tolerancia. Para ello necesitan disponer de personas adultas cercanas a quienes dirigir sus preguntas.

- Avanzar hacia la independencia y la autonomía. Sólo puede conseguirse desde la capacidad de los adultos para reconocer en los niños su capacidad para orientarse según sus necesidades. El objetivo debe ser la posibilidad de establecer una forma de relaciones, donde domine más la razón que el sentimiento.

- Ampliar las posibilidades para conectar y establecer relaciones positivas con el entorno social. Crece la resiliencia en los niños y adolescentes que no quedan encerrados en su entorno y salen a conocer la riqueza de posibilidades que les ofrece el mundo que les rodea, así se puede completar lo que la familia no puede dar. La posibilidad de establecer una buena red de contactos sociales, a muy diversos niveles, potencia los factores de protección ante las situaciones de riesgo. El objetivo será establecer unas relaciones interpersonales que generen mutua gratificación, con equilibrio entre dar y recibir y con un respeto maduro hacia el bienestar propio y de los demás.

- Potenciar la capacidad de explorar todo el entorno, animando a experimentar las posibilidades que se le ofrecen. Se trata, en definitiva, de una forma de lucha activa contra los sentimientos de impotencia que algunas familias transmiten a sus hijos. El objetivo final es completar los proyectos y adquirir la capacidad para abordar los problemas difíciles.

- Mantener la capacidad de jugar, como método para incrementar la creatividad y activar el sentido del humor. Los niños, adolescentes, jóvenes y adultos, que saben jugar son capaces de imponer orden, belleza y objetivos concretos en el caos diario de experiencia y sentimientos dolorosos. A través del sentido del humor, es posible contemplar lo absurdo de los problemas que nos acongojan y relativizar los complejos cotidianos.

- Educar la capacidad de juzgar y desarrollar el sentido crítico. Niños, adolescentes y jóvenes necesitan una educación ética de calidad para juzgar la bondad o maldad de los mensajes que llegan, necesitan reelaborar los valores tras la experiencia

traumática, considerando el servicio a los demás como forma de compromiso social. El objetivo debe ser la educación de una conciencia informada.

“La casita”: Construcción de la resiliencia

Este enfoque suscita dudas en la práctica pedagógica, pero también abre vías de reflexión, como podremos ver con la representación gráfica de los diversos aspectos en relación a la resiliencia.

La resiliencia es una construcción compleja que Stefan Vanistendael y Jacques Lecomte (2002) comparan con una pequeña casa, *una casita*, que se construye con sólidos cimientos. Cada estancia representa un campo de intervención posible, para los que quieren contribuir a construir, mantener o reestablecer la resiliencia. Se trata de sugerencias, cada uno debe descubrir en cada situación concreta en que campos precisos puede actuar, y, a continuación, cuáles serán las acciones a llevar a cabo en cada caso. (Ver figura 1).

En primer lugar está el suelo sobre el que está construida, se trata de necesidades materiales elementales. Pero se necesita más que esto. En los cimientos están también la red de relaciones sociales y en el corazón de estas redes, se sitúa la aceptación profunda de la persona, no de su comportamiento, su importancia es primordial. Esta aceptación no es unilateral, no sólo el adulto acepta al niño, es preciso que haya reciprocidad, el niño también desempeña su papel, debe consentir que se le acepte.

En la planta baja encontramos una capacidad fundamental, encontrar un sentido a la vida, descubrirle un sentido, que puede realizarse a través de una filosofía que consiste en apreciar plenamente la existencia. Este nivel es el de los proyectos concretos, que debemos encontrar para cada persona, cuidar de otro, ser generoso con otros, responsabilizarse de tareas y cuidados, la naturaleza ofrece muchas posibilidades pedagógicas importantes. El niño se siente capaz de descubrir un sentido de vida que está sin duda vinculado a su entorno. El descubrimiento de sentido no es una actividad individual, puede ser activado por los adultos favoreciendo el diálogo con los demás seres vivos y con el entorno material.

En el primer piso encontramos tres habitaciones: la autoestima, las competencias y aptitudes, el humor y otras estrategias de adaptación.

Al igual que en una casa las habitaciones están comunicadas entre sí, es decir que los campos están ligados, así la autoestima, considerada como un factor esencial de la resiliencia, está en estrecha relación con otros elementos como la aceptación del otro.

Las aptitudes y competencias interesan de modo particular a la educación. No solo las aptitudes cognitivas, también las relacionales, profesionales y de supervivencia, que gracias a ellas podremos expresar sentimientos y emociones, y mostrar la capacidad práctica de arreglárnosla en la vida cotidiana.

La autoestima, considerada como un componente ético, sentirse a gusto consigo mismos, estar rodeados de personas que ratifican con justeza su valía y les animan. El buen equilibrio mental permite explorar sus posibilidades, las de los demás y las del entorno, aprenden a amar la vida y a estar motivados no sintiéndose bloqueados por obstáculos que consideran insuperables.

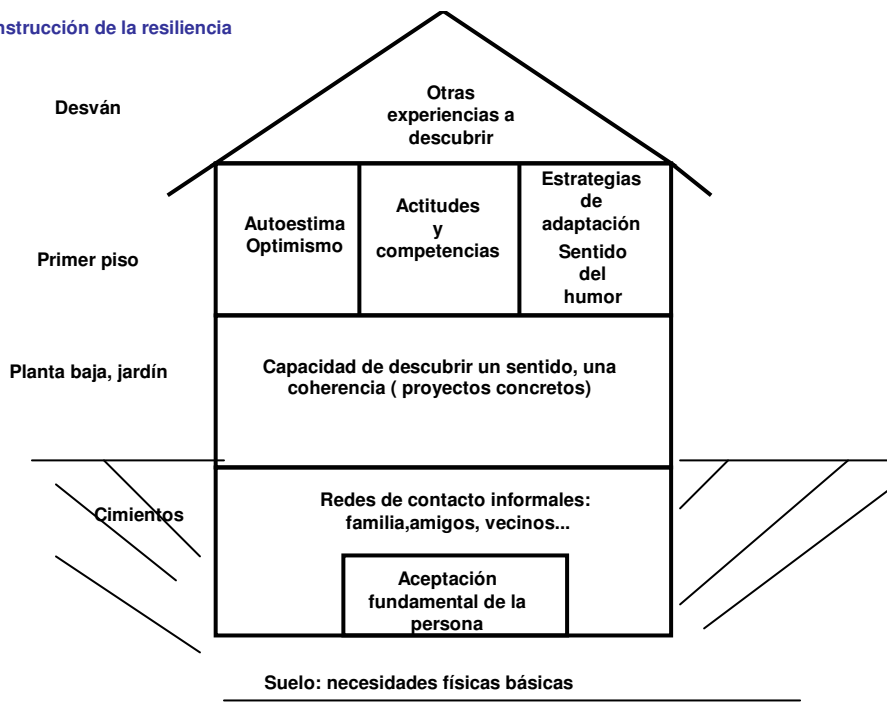
El sentido del humor es fundamental en las relaciones humanas, y esto lo sabemos los profesores, aunque no se refleja en las ciencias pedagógicas. Es difícil definir el humor, y aun más difícil aprenderlo. Gracias al humor construimos relaciones, vínculos, asociaciones inesperadas, y eso relativiza las relaciones y los vínculos evidentes. Constatamos que el verdadero sentido de la vida es relativo, vinculado al contexto, y sin ese contexto se convierte en un sinsentido. La fuente del humor es lo insólito, si solo hay rutina, no tiene cabida el humor

En el desván está la apertura a otras experiencias a menudo más localizadas. Esto no es una estructura rígida y fija y no responde necesariamente a este orden. Los contextos, los problemas, las culturas son demasiado diferentes y variadas, por tanto, no se puede indicar que acciones realizar en cada estancia de *la casita*. Esta propuesta puede aplicarse a la resiliencia de un niño, pero también a la de una familia, de una comunidad. La casita puede servir para encontrar puntos fuertes y débiles de un niño, y es una herramienta del enfoque de resiliencia.

La reconstrucción de una existencia que se abre un camino a veces improbable, pero que no se da fácilmente por vencida. Un recorrido sembrado de dificultades pero que conduce finalmente a la esperanza.

Figura 1: Adaptada de Vanistendael y Lecomte

La construcción de la resiliencia



Conclusiones

La resiliencia no es una nueva técnica de intervención. Se integra en un proceso coherente, en toda una serie de conocimientos y habilidades que nos invitan a tener una mirada más positiva sobre los seres humanos y la existencia. La mirada no patológica sobre los individuos, tiene como consecuencia, que la mayoría de las propuestas constituyan orientaciones educativas.

En el centro educativo, el profesor/tutor tiene una función de guía y facilitador de aprendizajes significativos. La resiliencia está en relación con el ambiente, sus variables y como afectan a su desarrollo, por tanto si el docente ofrece un ambiente óptimo, con técnicas, metodología y humanismo, hará que los alumnos se sientan motivados y puedan ver en su quehacer diario una realización personal. El humor, la fantasía, el afecto, la aceptación de sí mismo, la ilusión, la alegría, el amor, la generosidad, el optimismo realista, la esperanza, son destrezas que pueden ser enseñadas, aprendidas y desarrolladas.

Una buena educación debería favorecer el movimiento continuo del equilibrio riesgo-protección, abriendo al niño a nuevas experiencias, pero en un contexto de seguridad y teniendo en cuenta sus límites. El niño podrá de manera progresiva aumentar su capacidad de defenderse y de construir su vida en circunstancias variadas ya sean positivas o negativas.

La literatura en resiliencia sugiere la importancia de trabajar por la promoción de los factores resilientes específicos, pero es importante avanzar en la investigación y elaboración de teorías que expliquen como estos factores específicos interactúan entre si en la ecología del individuo permitiendo el proceso de adaptación resiliente.

Es importante entender la resiliencia como un proceso de superación de la adversidad y de responsabilidad social, ya que puede ser promovida con la participación de todos los personas que trabajan con la infancia y en la implantación de programas de protección teniendo en cuenta que la importancia de este modelo conceptual reside en la posibilidad de que una observación analítica de cada uno de los mecanismos subyacentes a los comportamientos resilientes conduce al diseño de acciones preventivas tanto individuales como grupales.

La resiliencia permite una nueva epistemología del desarrollo humano, enfatizando el potencial humano, específica de cada cultura y hace también una llamada a la responsabilidad colectiva.

La importancia del vínculo y la solidaridad es evidente. Nos invita a un cambio de perspectiva de la prevención, a no dirigirse a los niños solamente como víctimas potenciales, sino como personas con recursos para desarrollar su propia resiliencia y ser un recurso para otro. Los trabajos sobre resiliencia están empezando a surgir y nos abren un poco más las puertas de la esperanza.

Somos los adultos quienes debemos disponer alrededor del niño las guías de desarrollo que les permitan tejer su resiliencia (Muñoz, 2004).

Referencias Bibliográficas

- Bandura, A. (1982): *Teoría del aprendizaje social*. Madrid: Espasa Calpe.
- Belsky, J. (1980): Child maltreatment: An ecological integration. *American Psychologist*, 35, 320-335.
- BICE. (1994). *Elements for talk on Resilience: Growth in the Muddle of Life*. Ginebra Suiza.
- Bolwby, J. (1992). Continuité et discontinuité: vulnérabilité et résilience. *Devenir*, 4, 7-31.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.
- Convención de Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño, 20 de noviembre de 1989. Nueva York: UNICEF
- Cyrułnik, B. (2002). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona: Gedisa.
- Cyrułnik, B., Tomkiewicz, S., Guenard, T., Vanistendael, S., Manciaux, M., et al (2004). *El realismo de la esperanza*. Barcelona: Gedisa.
- De Paúl, J., Arruabarrena, M.J. (1996). *Manual de protección infantil*. Barcelona: Masson.
- Egeland, B., Carlson, E., Sroufe, A. (1993). Resilience as process. *Development and Psychopathology*,
- Frankl, V. (1999). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Grotberg, E. (1995). *A guide to promotig resilience in children: strengthening the human spirit*. La Haya, Holanda: The Internacional Resilience Proyect., Bernard Van Leer Foundation.
- Kempe, C. H.; Silverman, F. N.; Steele, B. B.; Droegemueller, W. y Silver, H.K. (1962). Debatered Child Syndrome. *Journal of the American Medical Association*. 181, 17-24.
- Kuhn, T. (2000). *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: F.C.E.
- Manciaux, M. (comp). (2003). *La resiliencia: Resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa
- Muñoz, V. (2004). Conocimiento de situaciones de riesgo desde la escuela infantil. *Aula de Infantil*, 18.
- Rutter, M. (1992). *Developing Minds: Challenge and Continuity across the Life Span*. Great Britain: Penguin Books.

Rutter, M. (1993). Resilience: Some conceptual considerations. *Journal of Adolescent Health, 14*.

Seligman, M. (1981). *Indefensión*. Madrid: Debate.

Silber, T.J. (1994). Adolescencia: factores protectores en una época de riesgo. *Anales Españoles de Pediatría. Monográfico de V Reunión Nacional de la Sección de Medicina del Adolescente de la AEP*.

Suárez, E.N., Krauskopf, D. (1995). El enfoque de riesgo y su aplicación a las conductas del adolescente. Una perspectiva psico-social. *Publicaciones Científicas, 552, OPS/OMS*.

Vanistendael, S., Lecomte, J. (2002). *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*. Barcelona: Gedisa.

Wolin, S. y Wolin, S. (1995). Resilience among youth growing up in substance-abusing families. *Pediatric Clinic of American, 42*.

Resumen

La felicidad y el bienestar del niño no son un efecto de la casualidad o la suerte, es una producción humana nunca individual, ni siquiera familiar, sino el resultado del esfuerzo de la sociedad en su conjunto. La protección y la defensa de los derechos de los niños constituyen la tarea de todos los que se reconocen como seres humanos.

El maltrato es humillante e impone un sentimiento de inutilidad, desamparo, desesperanza, incompetencia social y culpa en los niños que para escapar de él, deben realizar un extraordinario esfuerzo, para controlar el resto de sus vidas o emplear la fuerza para victimizar a otros. Sin embargo, la capacidad de muchas personas que han sufrido situaciones indeseables para llevar unas vidas normales es un testimonio claro de la elasticidad del espíritu humano, de su capacidad de resiliencia.

Los que han tenido que superar una gran prueba describen, el encuentro con una persona significativa, la comprensión el amor, la fantasía, el optimismo, el humor, el afecto, la aceptación de sí mismo, la ilusión, la alegría, la generosidad, la esperanza, la creatividad, el gusto por la vida, el trabajo, etc. como factores de resiliencia

Somos los adultos quienes debemos disponer alrededor del niño las guías de desarrollo que les permitirán tejer su resiliencia.

Palabras Clave: Maltrato, prevención, resiliencia.

Abstract

Child's happiness and well-being are not just because of coincidence or luck, but a never individual human product, nor familiar, but the result of the whole society. Protection and defense of children's rights is a task of everyone who recognize themselves as human beings.

Maltreatment is humiliating and gives feeling of uselessness, abandonment, despair, social incompetence and guilt in children, who must make an extraordinary effort in order to escape from it, controlling the rest of their lives or employing violence for making a victim of other people around. However, some peoples' capacity for living a normal life when they have lived normality is a clear testimony of elasticity and capacity of resilience of human spirit.

Those who had to surpass a hard situation, they describe the meeting with a significant person, comprehension, love, fantasy, optimism, humour, feeling, respect

of himself, illusion, pleasure, generosity, hope, creativity pleasure for life, work ... as resilience factors.

Adults are the ones who must place around child the guides for development which permit him knit their resilience.

Key words: Maltreatment, abus e, prevention, resilience